



ASAMBLEA DIOCESANA Valladolid

Amén.

Sal y anuncia la alegría, En comunión

Corazón de Jesús, haznos dóciles a tu llamada:
Iglesia de Valladolid, sal y anuncia la alegría, en comunión!

Renueva, Señor, a tu Iglesia, para que crezca en ella la participación de todos los bautizados en este Misterio de comunión y misión.

Trinidad Santa, concédenos vivir en comunión contigo, fuente de unidad en la diversidad de dones; comunión entre pastores y fieles, parroquias, asociaciones laicales y vida consagrada.

Esíritu Santo, que sepamos anunciar la alegría del Evangelio como quienes han sido alcanzados por tu misericordia y proclamamos lo que han oído, visto y vivido.

Padre santo, envíanos el Esíritu para salir al encuentro de quienes esperan, dudan o sufren, también de quienes buscan sin saber aún qué buscan.

Señor Jesucristo, Buen Pastor, que enviaste a tus discípulos hasta los confines de la tierra, mira con amor a esta Iglesia de Valladolid, reunida en Asamblea para celebrar la alegría de ser tu Pueblo peregrino, discernir tu voluntad e impulsar la sinodalidad.

ORACIÓN POR LA ASAMBLEA DIOCESANA

DISCERNIR EN LA IGLESIA

Las sobremesas de los encuentros familiares, las conversaciones se alargan: se recuerdan historias, se comparte el presente de cada uno, se hacen planes para el futuro. También se reconocen las dificultades y aquello que es necesario reforzar: cada uno tiene su propia vida, las edades son distintas, quizá viven en ciudades diferentes y alguno no ha podido venir al encuentro.

Por la alegría de estar juntos, se intercambian contactos, se crean grupos de WhatsApp, se organizan nuevas reuniones y se decide verse más: atender a los mayores, acompañar al que está solo, llamar a quien no ha venido. Todos pueden aportar una palabra, una idea, una necesidad.

Este es el segundo objetivo de nuestra asamblea discernir el momento de la diócesis y los pasos a dar todos juntos.

Orar para hacer

Si el ser humano puede descubrir la voluntad de Dios y decidir cómo cumplirla, es porque Dios mismo la muestra, nos guía para reconocerla y mueve nuestro corazón hacia lo que Él quiere. Con esta confianza, recemos este salmo.

Muéstrame, Señor, el camino de tus decretos,
y lo seguiré puntualmente;
enséñame a cumplir tu ley
y a guardarla de todo corazón;
guíame por la senda de tus mandatos,
porque ella es mi gozo.

Inclina mi corazón a tus preceptos, y no al interés;
aparta mis ojos de las vanidades,
dame vida con tu palabra;
cumple a tu siervo la promesa
para que se mantenga tu temor.

Aparta de mí la afrenta que temo,
porque tus mandamientos son amables;
mira cómo ansío tus mandatos:
dame vida con tu justicia

Sal 118, 33-40.

La palabra de Dios ilumina nuestro quehacer

El discernimiento aparece muchas veces en la Sagrada Escritura. San Pablo invita a toda la comunidad cristiana a buscar la voluntad de Dios en cada tiempo y en cada circunstancia, porque Dios sigue hablando y guiando a su Pueblo.

Examinadlo todo; quedaos con lo bueno (1 Tesalonicenses 5,21).

Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto (Romanos 12,2).

Para discernir bien, la Iglesia necesita ciertas actitudes: participación, humildad, generosidad, sinceridad y fidelidad a la vocación que cada uno ha recibido. Estas disposiciones abren el corazón para escuchar al Espíritu y reconocer lo que Dios quiere para su Iglesia.

Teniendo dones diferentes, según la gracia que se nos ha dado, deben ejercerse así: la profecía, de acuerdo con la regla de la fe; el servicio, dedicándose a servir; el que enseña, aplicándose a la enseñanza; el que exhorta, ocupándose en la exhortación; el que se dedica a distribuir los bienes, hágalo con generosidad; el que preside, con solicitud; el que hace obras de misericordia, con gusto. Romanos 12,6-8

Por lo tanto, dejaos de mentiras, hable cada uno con verdad a su prójimo, que somos miembros unos de otros. Si os indignáis, no lleguéis a pecar; que el sol no se ponga sobre vuestra ira. No deis ocasión al diablo. El ladrón, que no robe más; sino que

se fatigue trabajando honradamente con sus propias manos para poder repartir con el que lo necesita. Malas palabras no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen. No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo (Efesios 4,25-32).

El objetivo del discernimiento es crecer en la madurez cristiana y avanzar hacia la unidad de todos en Cristo, que es la meta de nuestra fe y de nuestra vida comunitaria.

Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo (Efesios 4,11-15).

El discernimiento en la iglesia no es una actividad solo técnica o intelectual, es, ante todo, una acción espiritual en la que escucha del Espíritu Santo es indispensable. Así lo afirma San Juan

Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena (Juan 16,12-14).

... pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho (Juan 14,26).

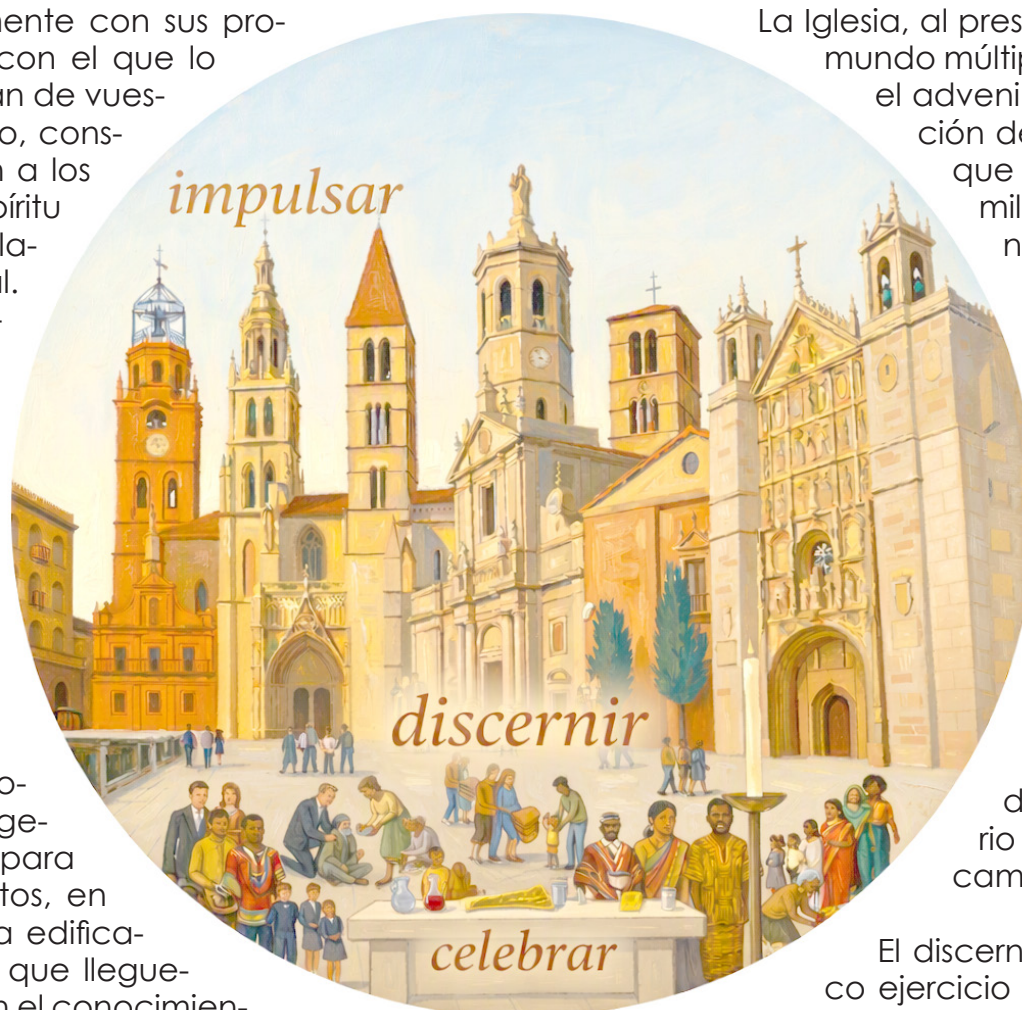
La tradición de la Iglesia confirma nuestro quehacer

Todo el Pueblo de Dios está llamado a buscar respuestas ante los acontecimientos que vivimos y que nos afectan cada día. También debemos atender a los deseos, aspiraciones y necesidades del hombre de hoy, porque Dios habla a través de la realidad y nos invita a escucharla con atención. Discernir juntos estas respuestas es parte de nuestra misión: la Iglesia, guiada por el Espíritu, aprende a leer los signos de los tiempos y a responder con fidelidad al Evangelio.

El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas (Gaudium et Spes 11).

Discernir juntos, en el Espíritu, es ejercitar nuestra tarea profética en el mundo y en la iglesia siguiendo algunos de los criterios que enuncia el Vaticano II

Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una finalidad escatológica y de salvación, que sólo en el mundo futuro podrá alcanzar plenamente. Está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena que tienen la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, que ha de ir aumentando sin cesar hasta la venida del Señor... De esta forma, la Iglesia, "entidad social visible y comunidad espiritual", avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios (Cf. Gaudium et spes 40).



La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es "sacramento universal de salvación", que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre. (Gaudium et spes 45).

Nuestro quehacer

Para esta tarea del discernimiento varios documentos nacidos del Sínodo para la sinodalidad nos ofrecen distintas pistas

Para que la Iglesia pueda ser verdaderamente misionera, es necesario que el Pueblo de Dios discierna el camino que debe seguir.

El discernimiento en la Iglesia es un auténtico ejercicio espiritual. Es el Espíritu Santo quien lo realiza en nosotros, guiándonos hacia la verdad plena y recordándonos todo lo que Jesús nos enseñó.

El punto de partida de todo discernimiento cristiano es la escucha de la Palabra de Dios, que encontramos en la Escritura, en la liturgia, en la Tradición de la Iglesia, en la voz de los cristianos sencillos, en los pobres y también en la propia conciencia.

Para discernir juntos necesitamos libertad interior, oración personal y comunitaria y disponibilidad para dejarnos conducir por la voluntad de Dios.

Por eso, es esencial la participación de cada uno en las etapas del discernimiento de esta Asamblea, porque todos formamos parte del Pueblo de Dios y todos somos necesarios. Y recordar estos dos documentos de la Ley de Dios a la hora de dialogar.

Para Pensar

¿Qué actitudes necesitamos fortalecer para escuchar mejor la voluntad de Dios (humildad, participación, sinceridad, generosidad)?
¿Qué palabra del Espíritu crees que puede iluminar a tu comunidad?
¿Qué paso concreto te gustaría que la Iglesia de Valladolid diera, y cómo te gustaría formar parte de ese proceso?

Orar tras hacer

Al descubrir la voluntad de Dios que el Espíritu nos manifiesta, el Pueblo de Dios se hace más sabio, más docto, más sagaz porque la verdadera sabiduría es la voluntad de Dios

¡Cuánto amo tu ley!:
todo el día la estoy meditando;
tu mandato me hace más sabio
que mis enemigos, siempre me acompaña;
soy más docto que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.

Soy más sagaz que los ancianos,
porque cumplo tus mandatos;
aparto mi pie de toda senda mala,
para guardar tu palabra;
no me aparto de tus mandamientos,
porque tú me has instruido.

¡Qué dulce al paladar tu promesa:
más que miel en la boca!
Considero tus mandatos,
y odio el camino de la mentira.
Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mi sendero; (Salmo 118, 19-104)